EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LOS PAVOS REALES,

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DÓN JOSE NUÑEZ DE LARA Y TAVIRA.

TERCERA EDICION.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1880.

AUMENTO Á LA ADICION DE 1.° DE MARZO DE 1880.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
COMEDIAS.			
Don Ramon y Don Julian	1	D. R. G. Santisteban	Todo.
El nacimiento de Tirso	1	F. Flores García	»
Escurrir el bulto	1	Miguel Echegaray	»
Hasta mañana	1	Ceferino Palencia	»
La vision de Fray Martin	1	G. Nuñez de Arce	»
Por un ángel	1	E. Jackson Cortés	»
Salir de Málaga	1	José de Fuentes	Mitad.
Seguros contra incendios	1	Gaspar Marqués	»
Un buen apunte	1	Eduardo Malvar	Todo.
Último adios	1	Eusebio Blasco	»
Yo me entiendo y bailo solo	1	Juan García	»
El regalo de boda	2	Sres. Eduardo y José Jackson	»
Tribunales de venganza	2	D.ª R. de A. de Laiglesia	»
Administracion pública	3	D. Enrique Gaspar	»
Angel	3	F. Javier Santero	»
Carrera de obstáculos	3	Ceferino Palencia	»
¡Dios! ¡Justicia! y ¡Germanía!	3	Eduardo Sojo	»
El cuchillo de plata	3	Vidaf V. y Roca	»
El tonto de Panerot	3	Antonio Roig	»
La fuerza de un niño	3	Miguel Echegaray	»
Mendoza y Compañía	3	Sres. Navarro y Dalmau	»

Bailles. Representada en el Teatro Circo de D. Emilio Cuenca la tarde del domingo 12 de Enero de 1896

[233:12]

LOS PAVOS REALES,

COMEDIA EN DOS ACTOS

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DÓN JOSÉ NUÑEZ DE LARA Y TAVIRA.

Representada por primera vez en el teatro de la ZARZUELA el 11 de Marzo de 1865.

TERCERA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1880.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CÁRMEN, mujer de D. Ramon.	D.ª María Bardan.
DOÑA BLASA, mujer de D. Manuel.	Balbina Valverde.
EMILIA, su hija.....	Agueda Moreno.
JUANA, criada de D. Manuel.....	Concepcion Perez.
SEBASTIANA, id., id.....	Ángeles Espinosa.
LORENZA, criada de D. Ramon....	Josefa Bueno.
DON RAMON, antiguo confitero....	D. Emilio Mario.
DON MANUEL, médico.....	Francisco Arderius.
DON ROQUE.....	Francisco Calvet.
FEDERICO, hijo de D. Ramon y Doña Cármen.....	Rafael Calvo.
UN TAPICERO.....	José Rochel.
UN COCINERO.....	Federico Arderius.
DOS LACAYOS.....	»
UN NEGRITO, personaje mudo.....	»

La accion pasa en Madrid.

Esta obra es propiedad de los Sres. HIJOS de A. GULLON, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática titulada El Teatro, de dichos Sres. HIJOS de A. GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Una sala en casa de D. Manuel; piano á la izquierda, mesa de despacho velador en medio.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA BLASA, SEBASTIANA.

SEBAST. Conque quedamos en que no traigo merluza?

BLASA. (Sentada junto al velador y cosiendo los puntos á una calceta.) No: hace mucho frio y debe estar muy cara; si encuentras un conejo barato puedes comprarlo.

SEBAST. Y de verduras? Hay ya guisantes muy buenos.

BLASA. Al principio son muy insípidos. Traerás en su lugar acelgas.

SEBAST. Como todos los dias?

BLASA. Y de vuelta de la plaza ajustaremos la cuenta.

SEBAST. Muy bien, señora. (Váse.)

ESCENA II.

DOÑA BLASA, D. MANUEL.

MANUEL. Buenos dias, esposa.

BLASA. Hola! Habías salido? De dónde vienes?

MANUEL. De visitar á mis enfermos.

BLASA. Tus enfermos! Doblemos la hoja. Tú no asistes sino por casualidad á los que atropellan los carruajes en las calles, ó á los que se tiran por los balcones.

MANUEL. Te equivocas: esta mañana á las seis han venido á llamarme.

BLASA. Para algun extranjero?

MANUEL. No, para un español.

BLASA. Pues en dos años es la primera vez que te incomodan.

MANUEL. Principio quieren las cosas.

BLASA. Á buena hora. Á los cincuenta y cuatro años! Lo que te falta es maña. Tienes una manera tan ridícula de practicar la medicina!

MANUEL. Por qué?

BLASA. Cuando el caso te depara un cliente, principias por tranquilizarle, diciéndole: esto no es nada! Dentro de pocos dias estará usted bueno.

MANUEL. Y para qué le he de asustar?

BLASA. Con semejante sistema nunca adquieres reputacion. Tus colegas, los demas facultativos, hacen todo lo contrario. En cuanto les llaman frucen el ceño, menean la cabeza, y exclaman: «Será cosa larga, muy larga.» Y en seguida piden junta, indicando quiénes han de asistir.

MANUEL. Asunto de qué?

BLASA. Los otros corresponden á poco con una atencion igual, y de ese modo se adquiere una clientela formidable.

MANUEL. Yo no lo haré jamás.

BLASA. Pues, y con esa buena fé pierdes todos tus enfermos. Uno sólo te quedaba, un pobre hombre...

MANUEL. Quién? Nuestro vecino don Domingo?

BLASA. Tenía una enfermedad larga, de esas que son una mina para un facultativo; y al cabo de quince dias de asistencia te se ocurre decirle una noche: «No comprendo lo que tiene usted.»

MANUEL. Toma! Y si no lo comprendía.

BLASA. Cuando no se comprende se sale del paso diciendo: «Es

nervioso.» Ah! Si yo fuese médico!

MANUEL. Buen charlatan serías!

BLASA. Felizmente tenemos cuatro mil duros de renta, y con eso podemos vivir. ¿Quién era el que vino á buscarte esta mañana?

MANUEL. (Turbado.) Era... era un jóven.

BLASA. Acomodado?

MANUEL. Sí, acomodado. (Sacando unos billetes de banco.) Mira, ten estos doce mil reales.

BLASA. Para qué?

MANUEL. Para pagar la cuenta del tapicero que ha amueblado nuestra sala, y debe venir hoy á cobrar.

BLASA. (Tomándolos.) Es verdad. Vamos, y ¿quién era ese enfermo?

MANUEL. Curiosa! Un cochero de la vecindad que había recibido una coz de un caballo.

BLASA. Un cochero! Magnífico! Y decías que era un hombre acomodado.

MANUEL. Es cierto; acomodado en casa de su amo. Y no me pesa haber visto á ese pobre chico, pues por él he sabido cosas...

BLASA. Qué cosas?

MANUEL. Se murmura de nosotros.

BLASA. De nosotros? Y qué pueden decir?

MANUEL. Hablan de Federico, del jóven que toca duos en el piano con tu hija.

BLASA. Qué hay en eso de particular. Conocimos á don Federico el verano pasado en los baños de Deva...

MANUEL. Y añaden que es novio de Emilia. Parece que anoche en el cuarto del portero hasta se fijaba el dia del matrimonio.

BLASA. Ay Dios mio!

MANUEL. Ya ves que es bueno algunas veces asistir á los cocheros.

BLASA. Y qué haremos?

MANUEL. Es menester tomar alguna providencia. Don Federico es un excelente muchacho...

BLASA. Es una alhaja.

MANUEL. Pero ya es hora de que se explique. Emilia está triste; ha perdido el apetito...

BLASA. Será indispensable hacer venir un médico.

MANUEL. Un médico! Pues no estoy yo aquí?

BLASA. Es verdad. (Ap.) (No tengo la menor confianza en él.)

MANUEL. Ayer, mientras los dos jóvenes cantaban un duo, sorprendí entre ellos miradas... muy líricas.

BLASA. Te confesaré que había pensado en esa boda.

MANUEL. Toma! Y yo tambien. Federico me gusta mucho, y si pertene á una familia decente...

BLASA. Ya, pero como no se insinúa...

MANUEL. Descuida: es la hora que suele venir, y en cuanto se presente... Él es!

ESCENA III.

DICHOS, FEDERICO, despues EMILIA.

FEDER. (Con un cuaderno de música en la mano.) Señora... Señor! don Manuel...

MANUEL. Buenos dias, amiguito.

FEDER. Cómo están ustedes?

BLASA. Muy bien.

MANUEL. Perfectamente.

BLASA. (Á su marido.) (Háblale.)

MANUEL. (Id.) (Déjame buscar una coyuntura.)

FEDER. Está enferma la señorita Emilia?

MANUEL. No, pero...

FEDER. La traigo una romanza nueva: el título es muy bonito se llama *El primer suspiro.*

BLASA. (Tosiendo.) Hum! Hum!

MANUEL. (Á Blasa.) (Entiendo.) (Alto.) Señor don Federico, usted sabe cuánto le apreciamos, y así no extrañará que mi mujer y yo solicitemos una breve conversacion.

FEDER. Con sumo gusto. (Se sientan.)

MANUEL. Usted tiene demasiado talento para no conocer que sus

diarias visitas á una casa...

EMIL. (Saliendo.) Buenos dias, papá.

MANUEL. (Bajo.) (Silencio! Mi hija.) (Federico se levanta.)

BLASA. Conque decía usted que es bonita esta romanza?

MANUEL. De quién es la música?

FEDER. De un cochinchino.

EMIL. Y cómo se llama?

FEDER. *El primer suspiro.*

MANUEL. *De una madre...*

BLASA. *Por su hijo.*

EMIL. Ay qué título tan largo!

BLASA. Emilia, he olvidado la labor en mi cuarto: vé á buscármela.

EMIL. Voy, mamá. (Váse: Federico se sienta de nuevo.)

MANUEL. (Á Federico.) Decía que sus visitas diarias á una casa donde hay una jóven podían parecer extrañas á ciertas personas; y hoy por la mañana mismo, uno de mis enfermos...

BLASA. (Con viveza.) Un banquero.

FEDER. Creo que mi conducta ha sido siempre...

MANUEL. Excelente, lo confieso. Mas ya sabe usted lo que son las malas lenguas,..

EMIL. (Volviendo á salir.) Mamá, aquí tienes tu labor.

MANUEL. (Cambiando de tono.) Precioso asunto para una romanza. Esta madre que suspira junto á la cuna de su hijo...

BLASA. Emilia, se me ha roto la aguja; vé á buscarme otra.

EMIL. Al momento. (Ap.) (Ya van dos veces que me echan de aquí. Algo hay... de fijo.) (Váse.)

MANUEL. Pues señor, decíamos que las malas lenguas todo lo interpretan, y un padre debe evitar las murmuraciones por medio de una explicacion clara y categórica.

BLASA. (Bajo á Manuel.) (Muy bien.)

MANUEL. Lo que esperamos de usted es una respuesta franca y leal.

FEDER. Ante todo, permítanme ustedes que les dé gracias por haber traido la cuestion á un terreno que sólo el temor me impedía abordar. Así, ahora no siento el menor

embarazo para confesar que amo á la señorita Emilia, y que mi mayor felicidad sería obtener su mano,

BLASA. (Ap.) (Bien lo sabía yo.)

MANUEL. (Se levantan todos.) Perfectamente; y no me resta sino pedir á usted algunas noticias...

FEDER. De mi familia, de mi profesion? Soy abogado.

MANUEL. De veras? Perdone usted mi sorpresa; pero como durante los tres meses que le conozco únicamente le he visto ocuparse de música...

FEDER. Es que soy abogado...

MASUEL. Sin pleitos?

FEDER. Aún cuento pocos clientes...

MANUEL. Entendido. (Ap.) (Lo mismito que yo.)

FEDER. Por otra parte, tengo una posicion independiente. Mi padre, antiguo comerciante, se ha retirado de los negocios con una fortuna regular, y yo soy hijo único.

BLASA. (Ap.) (Hola! Hola!)

FEDER. En fin, no he ocultado á mi familia los sentimientos que me inspira Emilia, y dentro de poco dará aquella un paso que impondrá silencio á todos.

BLASA. (Bajo á su marido.) (Se expresa con una facilidad!...

MANUEL. (Á ella.) Ya ves tú... un abogado!) (Á Federico.) Señor don Federico, mi mujer y yo apreciaremos segun merece el paso que usted nos anuncia.

FEDER. Ah, señor don Manuel!

MANUEL. Pero hasta tanto será forzoso que suspenda usted sus visitas.

FEDER. Por qué?

BLASA. Por el mundo, amigo mio, por el mundo.

MANUEL. Al cabo de algunos dias volverá usted... oficialmente. Tome usted; llévese su música. (Le entrega el cuaderno.)

FEDER. Una vez que ustedes lo exigen... pero qué haré entre tanto?

MANUEL. Vaya usted un ratito á la Audiencia. Allí se distraerá.

FEDER. Á la Audiencia? No. Me voy al Museo de Pinturas.

MANUEL. (Ap.) (Tú serás un gran abogado, cuando yo sea un gran médico.)

FEEER. Señora, á los piés de usted... Señor don Manuel... Tengan ustedes la bondad de decir á su hija que la amo, que la adoro, y mientras me reste un soplo de vida...

MANUEL. (Acompañándole.) Sí, sí. No hable usted tan alto. (Váse por el fondo.)

ESCENA IV.

DOÑA BLASA, EMILIA, luégo D. MANUEL, despues JUANA.

BLASA. Es muy buen muchacho.

EMIL. (Saliendo.) Sí, sí; es muy buen muchacho, y estoy segura de ser feliz con él.

BLASA. Niña, qué dices? Cómo sabes?...

EMIL. (Confusa.) He oido algo... sin querer... mientras buscaba tu aguja, que se había caido allí, junto á la puerta.

BLASA. (Remedándela.) Mientras buscaba tu aguja!... Es muy mal escuchar detrás de las puertas.

EMIL. No me riñas y te diré un secreto.

BLASA. Un secreto?

EMIL. Federico me confió ayer que su madre debe venir aquí hoy por la mañana.

BLASA. Hoy?

EMIL. Con pretexto de tratar del cuarto tercero que está desalquilado. Quiere vernos ántes de hacer la peticion en debida forma.

BLASA. Felizmente la sala está acabada de poner de nuevo.

EMIL. Y el padre, don Ramon, debe venir tambien á consultar á papá.

BLASA. Se halla enfermo?

EMIL. No; es otro pretexto para conocerte. No se lo digas á nadie, porque es un secreto.

BLASA. Nada temas.

MANUEL. (Saliendo.) Estoy encantado de este pollo.

BLASA. (Bajo á él.) (Manuel!)

MANUEL. Qué hay?

BLASA. (Bajo.) (No lo repitas: es un secreto. La madre de Fe-

derico va á venir luégo con pretexto de tratar del cuarto de arriba.

MANUEL. Qué me cuentas?

BLASA. Y su marido con el de consultarte.

MANUEL. Ya! Intentan examinarnos.

BLASA. Es natural: quieren conocernos ántes de adelantar más las cosas.

JUANA. (Saliendo.) Afuera está una señora que desea hablar con el amo sobre el cuarto desalquilado.

LOS TRES. Es ella!

BLASA. (Á Juana.) Aguarda: tráeme corriendo mi gorra nueva, la de las flores.

JUANA. Voy volando. (Váse.)

BLASA. (Á Emilia.) Quítate el delantal. Jesús! Qué mal peinada estás! Ven acá, te arreglaré esa cabeza.

MANUEL. (Ap. atónito.) (Qué la ocurrirá?)

JUANA. (Volviendo á salir.) Aquí está la gorra.

BLASA. (Sentándose.) Pónmela mientras yo peino á la señorita. (Juana lo hace mientras Blasa peina á Emilia arrodillada delante de ella.) Más hácia atrás... (Á Juana.) Manolo, un alfiler.

EMIL. Papá, un alfiler.

BLASA. Despáchate.

MANUEL. (Trayéndolo.) Toma. (Ap.) (Pero qué les habrá dado?)

BLASA. Bien.. (Á Juana.) Ahora que pase esa señora. (Váse Juana.) Tú, (Á su hija.) siéntate al piano, echa la cabeza hácia atrás, y haz gorgoritos, muchos gergoritos.

EMIL. (Sentándose al piano.) Gorgoritos?

BLASA. Anda, corre. (Emilia hace escalas cromáticas; Doña Blasa se sienta en un sillon con su labor en la mano, Doña Cármen, que sale precedida de Juana, se detiene en la puerta y escucha.)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA CÁRMEN, JUANA.

BLASA. (Á Emilia.) Basta, hija mia, que hay visita. (Se levanta.)

CARM. Dispensen ustedes: me parece que llego en mala ocasion. No vive aquí el señor doctor Camuñas?

BLASA. Sí señora.

CARM. Acabo de ver el cuarto tercero.

BLASA. Tenga usted la bondad de sentarse.

CARM. (Sentándose así como los demas.) Mil gracias. Temo incomodar á ustedes... He interrumpido á esta señorita.

EMIL. No importa nada.

CARM. (Á Blasa.) Es hija de usted?

BLASA. Sí señora.

CARM. (Ap.) (Tiene razon Federico; es lindísima.) (Alto.) Posee una magnífica voz,

BLASA. Y luégo como es discípula de Arrieta...

MANUEL. (Ap.) (Qué dice esta mujer?)

BLASA. Ah!... Conque es su maestro el célebre autor de *El Dominó Azul* y de *El Grumete*?

BLASA. Va á venir á darle leccion de un momento á otro.

MANUEL. (Bajo á su mujer.) (Te has vuelto loca?

BLASA. (Ap. á él.) Calla!)

CARM. (Ap.) (Están montados con gran lujo! Mucho mejor que nosotros!)

BLASA. Á mí me gusta en todo lo bueno. Así cuándo Emilia empezó á aprender la pintura...

CARM. (Á D. Manuel.) Ah! Conque pinta tambien?

MANUEL. (Turbado.) Parece que sí, pregúnteselo usted á mi mujer.... (Ap.) (que se pinta sola para mentir.)

BLASA. (Señalando á un cuadro que hay colgado.) Qué le parece á usted ese paisaje?

CARM. (Levantándose para verlo.) Está pintado al óleo.

BLASA. (Levantándose tambien.) Es uno de los primeros ensayos de la niña.

MANUEL. (Ap.) (Ésta sí que es gorda.)

EMIL. (Ap.) (Por qué dirá eso mamá?)

CARM. Qué verdad! Qué frescura! Es una obra maestra.

MANUEL. (Ap.) (Ya lo creo, como que es de Genaro Villamil, y me costó ocho mil reales.)

CARM. (Ap.) (Es bonita y está bien educada!) (Alto.) Conque

hablamos del cuarto. (Vuelven á sentarse.) Cuáles son las condiciones del arriendo?

BLASA. Las generales. Mi marido piensa hacer cambiar los papeles. (Á D. Manuel.) No es cierto, querido?

MANUEL. Sabes que he citado para esta tarde al papelista.

BLASA. En la sala lo pondremos aterciopelado.

MANUEL. Tú elegirás.

CARM. Y el precio?

MANUEL. Catorce mil reales.

JUANA. (Saliendo muy asombrada.) Señor, le esperan á usted para una consulta.

BLASA, MANUEL y EMIL. (Ap.) (El padre!) (Todos se levantan.)

BLASA. Para una consulta? Qué tiene eso de particular?

JUANA. Como es la primera vez que...

BLASA. Que viene ese caballero? No importa: que aguarde su turno. No se le puede hacer entrar ántes que otras personas que esperan. (Escribiendo en un papel sobre la mesa.) Dale esto: el número diez y seis. (Váee Juana.)

MANUEL. (Ap.) (Vaya si tiene aplomo mi mujer!)

CARM. (Ap.) (Número diez y seis! Qué gentío viene á consultarle!)

BLASA. Mi pobre marido vive al vapor. Por la mañana tempranito se va al Hospital; vuelve á mediodia; almuerza casi siempre de pie... empieza la consulta, que dura tres horas..!

MANUEL. Tú exageras...

BLASA. Te digo que te estás matando. Despues de unas cuarenta visitas diarias. De modo que viene á comer rendido, muerto. Usted creerá que por la noche descansa? Pues no señora; se pone á trabajar en su grande obra, que esperan con impaciencia en la Real Academia de medicina...

MANUEL. Pero Blasa...

BLASA. Pues que esperen con mil santos. Tú no tienes necesidad de estar á las órdenes de nadie. (Á Doña Cármen.) Es una memoria sobre las enfermedades del hígado. agnífico asunto!

MANUEL (Ap.) (Debía haberse casado con un sacamuelas.)

BLASA. Qué vida, eh? (Á D. Manuel.) Ademas, como no te permites la menor distraccion...

MANUEL. Repito que exageras.

BLASA. (Cortándole la palabra.) Todas las semanas, los sábados damos un pequeño té á los amigos...

MANUEL. (Ap.) (Anda, anda!)

CARM. Té *dansant*?

BLASA. No, té musical. Vienen los primeros aficionados de Madrid, y algunos artistas del Teatro Real. Mi marido es su médico, y ya conoce usted que no pueden negarle nada.

CARM. Es claro!

BLASA. Una noche de estas esperamos á Mário.

CARM. El actor de la Zarzuela?

BLASA. No: el cantante, el gran cantante...

MANUEL. (Ap.) (Y patatin, patatá.)

CARM. (Ap.) (Viven como príncipes!)

BLASA. Si llega á ser vecina nuestra, nos hará usted el honor de asistír á nuestras pequeñas reuniones.

MANUEL. (Ap.) (La convida y todo!)

CARM. Tendré una verdadera satisfaccion! (Ap.) (Son personas *comm'il faut*!) (Pronunciándolo como está escrito.)

BLASA. Se marcha usted ya?

CARM. Sí; pero volveré muy pronto; y crea usted que tendré sumo gusto en establecer relaciones más estrechas... más íntimas... con una familia... tan distinguida como respetable.

BLASA. (Saludando.) Señora... (Gritando.) Julian! Julian!

MANUEL. (Ap. atónito.) (Julian! Á quién llamara?)

BLASA. (Á Manuel.) Has enviado á alguna parte á tu ayuda de cámara?

MANUEL. (Turbado.) Á mi ayuda de cámara? Yo? No! (Ap.) (Y no tenemos más que las dos criadas!)

BLASA. Estas gentes no parecen nunca cuando hacen falta. Juana! Juana! (Llamando.) Pido á usted mil perdones; pero ya sabe usted cómo está el servicio en Madrid.

Siete criados para tres personas, y estamos infamemente servidos. (Sale Juana.) Abre la puerta.

CARM. (Ap.) (Siete criados! Si no querrán á mi Fedecico?) (Alto.) Señora... caballero... señorita. (Váse haciendo profundas reverencias.)

ESCENA VI.

DOÑA BLASA, D. MANUEL, EMILIA, luégo JUANA.

MANUEL. Por fin se fué.

EMIL. Mamá, explícame ahora...

BLASA. Ahora vuelve á ponerte tu delantal, ó corre á preparar el almuerzo.

EMIL. Voy, mamá. (Ap.) (Pero si no sé pintar ni siquiera una mona.) (Váse.)

MANUEL. Como yo no tengo nada que preparar, vamos, explícame...

BLASA. El qué?

MANUEL. Qué ha de ser? Tus... andaluzadas! Por qué dijiste á esa señora que el maestro de la niña es Arrieta, á quien no conocemos siquiera de vista?

BLASA. Pues! Y le hubiera dicho que es don Frutos Trompeta, el ilustre Trompeta, organista de un convento de monjas!

MANUEL. No había maldita la necesidad de nombrarle. Lo mismo que ese cuadro que atribuyes á Emilia...

BLASA. Y qué?

MANUEL. Si es del difunto Villamil!

BLASA. Pero no está firmado.

MANUEL. Buena razon! Y cuando al cabo de dos meses de matrimonio dijesen á la pobre muchacha, que en su vida ha cogido un pincel: «Cópianos ese hermoso paisaje que se ve desde aquí...» qué respondería ella?

BLASA. Nada más sencillo. Regla general: desde que las jóvenes se casan, abandonan las bellas artes. Emilia contestará que los colores la atacan á los nervios, y re-

nunciará á la pintura.

MANUEL. Y mi grande obra sobre las afecciones del hígado?

BLASA. Repetiremos que está en prensa; y la primera imprenta que se queme...

MANUEL. Y lo de la numerosa consulta que tengo?

BLASA. Sí. (Con ironía.) He hecho muy mal. La primera vez que vea á esa señora, pondré las cosas en su lugar. «Presento á usted, la diré, al doctor Camuñas, que sólo asiste á cocheros... gratis. Esta es mi hija, que ha aprendido á leer, escribir y hacer cuentas. Yo soy doña Blasa Tembleque, que es modista de sí misma, y que cose los puntos á los calcetines de su marido!»

MANUEL. Si era inútil entrar en tales pormeros, inútil era tambien toda esa sarta de mentiras, sólo por orgullo, sólo por vanidad. Lo que tú quieres es deslumbrar á las gentes.

BLASA. No lo niego.

MANUEL. Hola. Conque lo confiesas?

BLASA. No hago más que imitar á mis contemporáneos. Cada persona se propone engañar, alucinar á su vecino. Para qué se acicala una? Para qué sirven diamantes, carruajes y libreas? Para los ojos de los demas.

MANUEL. Vaya, vaya!

BLASA. Y tú mismo, sin conocerlo, eres arrastrado por la corriente.

MANUEL. Yo?

BLASA. Te acuerdas de aquella cadenita de oro fino que llevabas ántes con el reloj?

MANUEL. Bien; y qué?

BLASA. Era tan delgada, tan delgada, que te daba vergüenza ponértela, y la escondías debajo del chaleco.

MANUEL. Para no perderla.

BLASA. No: para no enseñarla. La has sustituido con otra enorme; y ahora la descubres, la ostentas, la acaricias, y estás orgulloso de ella.

MANUEL. Qué disparate!

BLASA. Pero buen cuidado tienes en no decir que es falsa, que

es de doublé!

MANUEL. Silencio! Cállate!

BLASA. Qué tal? Temes hasta que me oigan. Pues bien, nuestra hija es la cadenita de oro, sencilla, pura, modesta. Así nadie para la atencion en ella: déjame que la adorne con relumbrones, y verás cómo todo el mundo la contempla y la admira... como á ese descomunal pedazo de similor.

MANUEL. (Ap.) (Hay cierto fondo de verdad en lo que dice.)

JUANA. (Saliendo) Señor!

MANUEL. Qué hay?

JUANA. Ese caballero... el número diez y seis se impacienta.

MANUEL. Ay! Es cierto! Nos habíamos olvidado del pobre hombre! Hazle entrar.

BLASA. Aguarda un poco. Tiene el número diez y seis... (Á Juana.) Dile que tu amo está todavía con el catorce.

MANUEL. Ah! Conque estoy con el catorce? (Á Juana.) Pues bien, dile que estoy con el catorce. (Juana se va.)

BLASA. Dame tu bolsillo.

MANUEL. Para qué? (Dándoselo.)

BLASA. (Sacando monedas ds oro, y colocándolas segun dice.) Diez doblillas encima en este platillo... tres sobre la mesa... y dos encima del piano.

MANUEL. (Atónito.) Y para qué haces eso?

BLASA. En casa de todos los médicos de fama es de rigor este aparato.

MANUEL. Ya, para deslumbrar tambien...

BLASA. Ahora, siéntate á la mesa. Date importancia: pocas palabras, porque estás de prisa. Yo me marcho; llama al número diez y seis. (Volviéndose atrás.) Ah! No olvides que tiene excelente salud, y te vayas á equivocar,

MANUEL. (Sentado.) No hay cuidado. Anda con Dios. (Váse Doña Blasa.)

ESCENA VII.

D. MANUEL, D. RAMON, despues un LACAYO.

MANUEL. (Solo.) Vaya si es Licurga mi mujer! (Gritando.) Que en-

tre el número diez y seis!

JUANA. (Abriendo la puerta y llamando.) El número diez y seis.

RAMON. (Ap. al salir.) (Cáspita! Tres cuartos de hora de planton!)

MANUEL. (Sin mirarle y escribiendo.) Siéntese usted.

RAMON. Mil gracias. (Se sienta, ap.) (Escribirá alguna receta. Qué magníficamente amueblado está esto!)

MANUEL. (Escribiendo siempre sin mirarle.) Siéntese usted.)

RAMON. Gracias: ya lo he hecho. (Ap.) (Tengo una salud de bronce... De qué le diré que padezco?)

MANUEL. (Dejando la pluma, y volviéndose hácia D. Ramon.) Explíqueme usted su enfermedad.

RAMON. Mi enfermedad? Pues sepa usted que hará unos ocho dias... (Llaman, dando golpes en la puerta de la izquierda.)

MANUEL. Tenga usted la bondad de esperar! (Ap.) (Es mi mujer sin duda que llama para hacer creer que hay gente.)

RAMON. (Ap.) (Será el número quince que se impacienta.)

MANUEL. Prosiga usted.

RAMON. Hará unos ocho dias... no, ocho no, son nueve... que fuí á Aranjuez, se entiende, por el ferro-carril. Al volver á casa me dijo mi mujer: «Qué colorado vienes! estás malo?» Yo la respondí: «No se puede decir que estoy malo: pero no me siento bueno.» Despues tomé un baño de piés, y desde entónces comenzó mi enfermedad.

MANUEL. (Ap.) (Parece un excelente sujeto.) (Alto levantándose.) Y qué le duele á usted?

RAMON. (Confuso.) Unas veces en un lado... otras en otro...

MANUEL. La cabeza?

RAMON. La cabeza no.

MANUEL. El estómago?

RAMON. Lo tengo excelente.

MANUEL. El vientre?

RAMON. Muy bien.

MANUEL. Veamos el pulso. (Le toma la mano.)

RAMON. (Ap.) (Cáspita! Qué hermosa cadena! No he visto ninguna tan gorda! Es la soga de un pozo!)

MANUEL. (Ap. con satisfaccion.) (Mira mi cadena.)

RAMON. (Ap.) (Bien se conoce que no es un médico de tres al cuarto.)

MANUEL. (Aplicando la oreja al pecho de D. Ramon.) Respire usted, respire usted fuerte... muy fuerte.

RAMON. (Ap.) (Qué enfermedad descubrirá en mí?)

MANUEL. Basta: veo muy claro su mal de usted.

RAMON. Ah! (Ap.) (Va á mandarme diez docenas de sanguijuelas.)

MANUEL. Señor mio, usted no tiene absolutamente nada.

RAMON. De veras? (Ap.) (Qué ciencia la suya!)

MANUEL. (Volviendo á sentarse y escribiendo.) Sin embargo, voy á prescribirle á usted un régimen.

LAC. (Sale por el fondo de gran librea.) El señor doctor Camuñas?

MANUEL. Qué se ofrece? (Ap.) (De dónde sale este?)

RAMON. (Ap.) (Tienen lacayo!)

LAC. (Presentando una carta sobre una bandeja de plata.) Traen esta carta de parte de la señora duquesa de Monte Blanco y Forlipon.

MANUEL. (Sorprendido tomando la carta.) Para mí! (Ap.) (No conozco á tal duquesa.) (Se levanta.)

RAMON. (Ap.) (Caramba! Asiste á duquesas.)

MANUEL. (Ap.) (Toma! Si es la letra de mi mujer!) (Á D. Ramon.) Usted me permitirá...

RAMON. Oh!

MANUEL. (Ap. leyendo.) («Lee esta carta en alta voz.» Quiere que la lea...) (Leyendo muy fuerte.) «Querido doctor: le debo á usted la vida...»

RAMON. (Ap.) (Á primera vista me inspiró confianza este hombre!)

MANUEL. «Y jamás podré pagarle la deuda de mi gratitud. Acep»te usted, pues, como un débil testimonio de ella, los »adjuntos doce mil reales.»

RAMON. (Ap.) (Doce mil reales! Un solo enfermo!)

MANUEL. (Ap. guardándose los billetes en el bolsillo.) (Son los que la dí para pagar al tapicero.)

RAMON. (Ap.) (Y se los guarda en el bolsillo como si fueran dos

cuartos! De fijo tiene la levita atestada de billetes de Banco! Qué gran partido para Federico!)

MANUEL. Hola! Una postdata. (Leyendo.) «Picaron! Por qué no »quiere usted ser médico de cámara? Diga usted una »palabra y será nombrado en seguida.»

RAMON. Ay! Pues dígala usted!

MANUEL. Si yo no soy ambicioso! (Vuelven á llamar á la puerta de la izquierda.) Un instante: soy con usted.

RAMON. (Ap.) (No le dejan parar.) (Alto.) Yo me retiro.

MANUEL. (Tomando un papel de sobre la mesa.) Aquí tiene usted su receta. (Leyendo.) «Chuletas de ternera, bisteck y buen Valdepeñas.»

RAMON. Es la lista de una fonda!

MANUEL. (Entregándole la receta.) Caballero... (Saludándole.)

RAMON. (Ap. sacando el bolsillo.) (Pensaba darle dos duros... Pero despues de lo que le envía la duquesa... Qué excelente partido para Federico! Bah! Le dejaré un doblon! (Pone la moneda de oro sobre el platillo que hay encima del velador.) Creo que no lo ha visto. (Vuelve á coger la moneda y la hace sonar sobre el platillo, D. Manuel se inclina. Ap.) Ahora sí que no me queda duda.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el TAPICERO.

TAPIC. (Sale rápidamente por la izquierda.) Aquí estoy yo.

MANUEL. Quién es usted? Qué se ofrece?

TAPIC. Soy el número diez y siete.

MANUEL. (Ap. atónito.) (Ah! una consulta!... Una verdadera consulta!)

RAMON. (Ap.) (No le dejan un minuto solo.)

TAPIC. Padezco há tiempo una enfermedad...

MANUEL. Soy con usted al instante.

RAMON. Señor doctor... (Despidiéndose.)

MANUEL. Usted me dispensará...

RAMON. Quieto! pues no faltaba más! (Ap. al marcharse.) (Qué gran partido para Federico! Pero temo que les parezca

poco para su hija.) (Desde la puerta.) Beso á usted la mano. (Abre la puerta del fondo y se ve al lacayo que le acompaña.) Gracias. No se incomode usted. (Al lacayo.)

ESCENA IX.

D. MANUEL, el TAPICERO.

MANUEL. Decía usted que padece há tiempo una enfermedad?

TAPIC. Ahora estoy mejor. (Dándole un papel.) Traigo la cuenta de los muebles del salon.

MANUEL. De los muebles del salon?

TAPIC. Soy el tapicero.

MANUEL. Cómo!

TAPIC. La señora me suplicó que tomase el número diez y siete... Cáspita! Qué farsas hacen ustedes!

MANUEL. Aseguro á usted que yo no sabía nada.

TAPIC. Eh! No importa. Pues qué? en todas las profesiones no hay su poco de charlatanería? Yo mismo...

MANUEL. Ruego á usted que no crea... (Ap.) (Mi mujer me compromete!)

TAPIC. Conque me debe usted doce mil reales.

MANUEL. Deje usted que examine la cuenta. Canasto! Un sillon treinta duros!

TAPIC. Es muy arreglado.

MANUEL. Y las sillas á veinticinco! Es carísimo!

TAPIC. Cómo! Va usted á regatear despues del favor que acabo de hacerle?

MANUEL. Qué favor?

TAPIC. Toma! el papel que he representado.

MANUEL. (Impaciente.) Vamos, bueno. Ponga usted el recibí.

TAPIC. Voy allá. (Firmando.)

MANUEL. (Dándole los billetes de banco.) Aquí tiene usted su dinero.

TAPIC. Gracias. (Mientras cuenta los billetes.) Doctor, si alguna

vez necesita usted de alguno, le recomiendo á mi hermano, un holgazan.

MANUEL. Para qué?

TAPIC. Tiene muy buena ropa, no le llevará á usted caro y ha hecho ya comedias caseras.

MANUEL. Basta! Vaya usted con Dios.

TAPIC. (Marchándose.) No tiene pocas camándulas este viejo. (Váse por el fondo.)

ESCENA X.

D. MANUEL, DOÑA BLASA, luégo EMILIA.

MANUEL. (Solo.) Esta costilla mia me obliga á representar un papel ridículo.

BLASA. Hola! Has pagado al tapicero?

MANUEL. Sí, al número diez y siete.

BLASA. Verdad que tuve una buena idea?

MANUEL. No por cierto. Me has hecho pasar por un farsante á los ojos de ese hombre.

BLASA. Bah! Un tapicero!

MANUEL. Y quién era aquel moceton de librea?

BLASA. No le conociste?

MANUEL. No.

BLASA. Es el lacayo del cuarto principal.

MANUEL. Qué giganton! (Cambiando de tono.) Vas á conseguir que sea la fábula de la casa; lo irá contando á todo el mundo y...

BLASA. Pues alguno era menester que sacase la carta de la duquesa.

MANUEL. En cuanto á la carta de la duquesa no digo nada. Aquello fué oportuno y bonito; especialmente la postdata.

BLASA. «Picaron.»

MANUEL. «Por qué no quiere usted ser...»

BLASA. «Médico de cámara?» Qué cara puso nuestro consuegro?

MANUEL. Se quedó así... con la boca abierta, y si vieras cómo ha mirado mi cadena!

BLASA. Cuando te digo que se fueron encantados, deslumbrados los dos!

MANUEL. Lo crees así?...

BLASA. Y mañana mismo tú verás.

MANUEL. Silencio! Emilia!

EMIL. Mamá, no hay azúcar molida.

BLASA. Toma la llave de la despensa.

MANUEL. (Á Emilia.) Ven á darme un beso, chiquitina. Si vieras lo que trabaja tu papá por tí!

EMIL. Por mí?

MANUEL. No te lo puedo decir... No lo repitas: es un secreto.

EMIL. No temas. (Ap.) (Se trata de mi casamiento.) (Alto. Papaito, nada te pregunto. Acércate: te se está cayendo un boton de la levita.

MANUEL. Quieres cosérmelo?

EMIL. Con mucho gusto. Justamente tengo aquí seda negra. (D. Manuel se quita la levita y se la da á Emilia, quien se sienta á coser el boton.)

MANUEL. (Á Doña Blasa.) Es un ángel! Me la comería á besos!

ESCENA XI.

DICHOS, SEBASTIANA, despues JUANA.

SEBAST. Aquí estoy ya, señora.

BLASA. No has tardado poco.

SEBAST. Quiere usted que echemos la cuenta?

BLASA. Sí: trae el libro.

SEBAST. Aquí está. (Da el libro á Doña Blasa y pone en el suelo la cesta de donde se ve salir una col.)

BLASA. (Sentándose y escribiendo.) «Dia quince...»

SEBAST. Leche, cuatro cuartos; carne, diez y seis; un conejo, seis reales...

BLASA. Seis reales! Es sumamente caro.

SEBAST. Dicen que hay una enfermedad en les conejos...

MANUEL. (Con un periódico en la mano) Una enfermedad?
SEBAST. Sí, señor.
MANUEL. Pues no he sabido nada.
SEBAST. Un tirante del amo, ocho cuartos.
BLASA. Cómo! un tirante?...
SEBAST. Ha habido que ponerle hebilla nueva.
MANUEL. (Ap.) (¿Qué diría la duquesa de Forlipon si asistiese á estos cuadros de familia?)
SEBAST. Una berza, doce cuartos.
BLASA. Doce cuartos! Qué escándalo!
SEBAST. Es muy grande; habrá para dos dias.
JUANA. (Sale muy de prisa.) Señora, una visita.
TODOS. (Levantándose.) Una visita!
JUANA. Son don Ramon y su esposa.
BLASA. Ellos!
MANUEL. Ya?
EMIL. (Ap.) (Qué felicidad!)
BLASA. (Á Juana.) Que pasen adelante. Tú, echa á correr. (Dándole el libro á Sebastiana que se marcha.)
MANUEL. Mi levita. (Se la pone muy de prisa.)
BLASA. (Á Emilia.) Tú, siéntate al piano, y haz gorgoritos. Ay! Dios mio! Y la cesta que se ha quedado aquí! (La coge, recorre la escena para esconderla, y acaba por meterla debajo de la mesa cubriéndola con el tapete. Al mismo tiempo aparecen D. Ramon y Doña Cármen.)

ESCENA XII.

DOÑA BLASA, D. MANUEL, EMILIA, DOÑA CÁRMEN, D. RAMON. Doña Cármen sale muy adornada; D. Ramon de frac y guantes blancos.

CARM. Señora!
RAMON. Doctor!
BLASA. Qué agradable sorpresa! Se ha decidido usted por fin á tomar el cuarto?
RAMON. No venimos precisamente á eso. (Ap.) (Qué cortado estoy!)

MANUEL. Se ha agravado su indisposicion de usted?

RAMON. No, no: sigo muy bien.

CARM. Nos trae otro motivo.

BLASA. (Fingiendo sorpresa.) Otro motivo?

EMIL. (Ap.) (No hay duda: vienen á pedir mi mano.) (Se queda de pie junto al piano.)

RAMON. (Muy cortado.) Tenemos que decir á ustedes una cosa... una de esas cosas... (Á su mujer.) Habla tú.

CARM. Íntimas y confidenciales...

EMIL. Mamá, el profesor de dibujo me está esperando.

BLASA. Pues anda, hija mia, anda.

MANUEL. (Ap.) (Qué lista ha salido esta chica! En todo es un retrato mio!)

EMIL. (Saludando.) Señora... Caballero...

CARM. Señorita... (Váse Emilia.)

MANUEL. Ya estamos solos.

CARM. (Á su marido.) Habla, hombre.

RAMON. Señores... soy padre... tengo un hijo único... Federico...

MANUEL. Sí, le conocemos.

BLASA. Es un buen muchacho, y favorece alguna vez nuestros salones.

RAMON. (Á su mujer.) (Nuestros salones! Tienen varios! Ya ves, cómo han de querer á nuestro chico?

CARM. (Á su marido.) Adelante!)

RAMON. El jóven, que es abogado, no ha podido ver á su hija de ustedes... que es preciosa... sin pensar en un matrimonio... que le honraría mucho... y á nosotros nos honraría tambien, porque sería una honra pertenecer á una familia... á quien honra todo el mundo.

BLASA. (Fingiendo sorpresa.) Es imposible!

RAMON. (Á su mujer.) (Lo ves? Vámonos.)

MANUEL. Señor mio, confesaré á usted que semejante peticion hecha de improviso, nos sorprende un poco.

RAMON. (Como ántes.) (Vámonos.)

MANUEL. Un matrimonio es asunto delicado, y pedimos á ustedes algun tiempo para reflexionar.

CARM. Es muy natural.

BLASA. Dentro de breves dias sabrán ustedes nuestra resolucion.

RAMON. (Ap.) (No nos desairan!) (Alto.) Ah, señora! Ah, doctor! Ah, esposa mia?

BLASA. (Á su marido.) (Qué tal mi sistema?

MANUEL. Es admirable y estoy convertido.) (Muy alto á su mujer.) Querida, ten la bondad de decir á la doncella que le diga al lacayo que le diga al cochero que enganche *Brillante y Mirza*. Voy á comer á casa de la duquesa de Forlipon.

CARM. (Á casa de la duquesa!)

RAMON. (De Forlipon!)

CARM. (Es un personaje!)

RAMON. (Es una notabilidad!)

MANUEL. (Se han quedado bizcos!)

BLASA. (Lo ves? Efecto general!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala en casa de D. Ramon: muebles regulares.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CÁRMEN, D. RAMON, FEDERICO.

RAMON. (Á Doña Cármen.) Quieres que te diga lo que pienso? Pues hemos salido con las manos en la cabeza.

FEDER. (Sentado y escribiendo.) Qué dices, papá?

RAMON. Continúa tu trabajo y no te distraigas.

CARM. (Sentada haciendo calceta.) Mucho me temo que tu padre tenga razon.

RAMON. Quince dias se cumplen hoy que pedimos la mano de la chica, y aún no nos han respondido nada.

FEDER. Y qué prueba eso?

RAMON. Prueba que esas personas se consideran muy superiores á nosotros. Ya se ve, como tienen aquel tren de casa...

FEDER. No lo he advertido.

RAMON. Ya, un enamorado!... Como que no te ocupabas sino de tú novia. No has visto siquiera aquel lacayon de ete ási ocho piés de estatura?

FEDER. Jesús!

RAMON. De siete á ocho piés, repito. Nada se le escapa á la vista perspicaz de un padre.

CARM. Arrieta, el célebre Arrieta, da lecciones de canto á la muchacha.

RAMON. Bien puede permitirse ese lujo, cuando el papá recibe de una vez doce mil reales. Yo se los ví contar, y se los guardó tranquilamente en el bolsillo como si fuese un pañuelo.

FEDER. No es una razon.

RAMON. Sabes lo que es ese hombre, la mano de cuya hija pretendes?

FEDER. Es un médico.

RAMON. Sí, un médico que si quisiera lo sería de cámara; facultativo de S. M. la reina. Para eso le bastaría con decir una palabra. Y no has reparado tampoco la cadena que lleva?

FEDER. No.

RAMON. Este majadero no repara en nada. Y supones que semejante personaje querrá emparentar con el hijo de un confitero retirado?

CARM. Qué afan tienes de decir á todas horas que has sido confitero!

RAMON. No me avergüenzo de ello: no se lo cuento á nadie, pero no importa que se sepa.

CARM. Hijo mio, creo que no debemos pensar en ese matrimonio.

FEDER. Aún no nos han dado calabazas, y ustedes interpretan el silencio...

RAMON. El silencio de los grandes es la leccion de los pequeños! (Cambiando de tono.) Conque has puesto esos recibos?

FEDER. Cuando fuí, al dia siguiente de la peticion, á visitar á aquellos señores, me recibieron con la mayor amabilidad.

CARM. Y mi señora doña Blasa te dijo: «Es muy extraño que la mamá no vaya nunca al Teatro Real. Yo no la he visto allí todavía.»

RAMON. En seguida fuí á buscar un abono de palco principal en dicho coliseo. Y buen dinero y buen trabajo me costó conseguirlo de un revendedor!

CARM. Ese es un sacrificio pasajero.

RAMON. Así lo comprendí. Cuando uno desea enlazarse con semejante familia, no tiene más remedio que hacer las cosas espléndidamente. Despues añadiste que al Teatro Real no se puede ir sin coche, y alquilé á diario una magnífica carretela en casa del famoso Alonso; lo que tambien me cuesta un ojo de la cara.

CARM. No podíamos pasar por otro punto.

RAMON. No digo lo contrario. Pero habérseme dejado escoger teatro, no hubiera elegido ese.

CARM. Por qué?

RAMON. Porque hacen siempre lo mismo. Cuatro veces hemos ido ya, y las cuatro nos tocaron *La Traviata*. Ademas, como cantan en italiano no comprendo una jota.

CARM. Eso serás tú.

RAMON. Y tú tampoco. Aunque no cesas de gritar toda la noche: «Bravo! bravo!» ¿á que no eres capaz de contarme el argumento de la ópera?

CARM. Yo aplaudo la música.

RAMON. Bah! Si al segundo acto principias á dar cabezadas y cerrar los ojos!

CARM. Los cierro, pero no duermo: es para escuchar mejor sin distraerme.

RAMON. Sí, sí; y luége roncas!

FEDER. Pero al ménos tenemos el gusto de ver al doctor con su familia.

RAMON. Nos saludan desde su palco; nosotros desde el nuestro y pare usted de contar. Esto puede prolongarse una infinidad de *Traviatas*? Por último, hay otra cosa que me fastidia soberanamente.

CARM. Cuál?

RAHON. Para hacer creer á los de Camuñas que tenemos muchas relaciones, me obligas á que haga saludos á una porcion de gentes á quien no conozco.

CARM. Qué mal hay en ello si te los devuelven?

RAMON. No siempre, no siempre. La otra noche hice así con la mano á un embajador, el cual me echó los anteojos con suma insolencia, diciendo bastantemente alto para que yo lo oyese: «Ese hombre habrá sido cocinero mio.» Cocinero yo!

FEDER. Aquí tienes tus recibos, papá!

RAMON. (Guardándoselos en el bolsillo.) Bien, hijo mio.

CARM. (Á Federico que toma su sombrero.) Te vas?

FEDER. Sí, tengo que hacer una diligencia.

RAMON. Pues llévate el coche. Á la puerta está. Al ménos que nos sirva para algo.

FEDER. Y por qué no lo usas tú?

RAMOM. Yo? porque prefiero ir á pie.

FEDER. Hasta luégo. (Ap.) (Emilia estuvo ayer en la Fuente Castellana: quizás irá hoy tambien.) (Váse.)

CARM. Voy á llamar á la modista.

RAMON. Para qué?

CARM. Para encargarle media docena de trajes que necesito para el teatro. (Váse.)

ESCENA II.

D. RAMON, despues D. ROQUE.

RAMON. Pobre bolsillo mio! Cómo te sangran sin compasion! Más hemos gastado en estos quince dias que otras veces en un año.

ROQ. Buenos dias, sobrino.

RAMON. Tio Roque! (Se dan la mano.)

ROQ. Y la familia?

RAMON. No tiene novedad.

ROQ. Dónde anda Cármen?

RAMON. Adentro está: voy á avisarla.

ROQ. No la incomodes; me marcho al momento, porque tengo mucho que hacer.

RAMON. Siempre afanado! Cuándo descansará usted?

ROQ. Lo más tarde posible. Mira, Ramon, el que ha venido á Madrid con veinte cuartos en el bolsillo, y ha comenzado su carrera de mozo de cordel... Porque bien sabes que por ahí principié...

RAMON. Sí, sí. (Ap.) (Es particular! Ahora me parece más ordinario que ántes el tio Roque!)

ROQ. Yo no tengo reparo en confesárselo á todo el mundo.

RAMON. Es claro. (Ap.) (Qué facha trae!)

ROQ. Porque es lo que yo digo: el hombre vale lo que vale.

RAMON. Justamente. Pero tio, permítame usted que le haga una pregunta.

ROQ. Pregunta lo que quieras.

RAMON. Por qué no se pone usted la levita?

ROQ. Levita? Qué ocurrencia! Para que la gente se riese de mí? Bonito estaría yo con aquellos faldones! No señor, chaqueta he usado siempre y con chaqueta me llevarán á enterrar. Tú ya es diferente. Has sido confitero...

RAMON. Chit!

ROQ. Y yo tratante en leñas.

RAMON. Chit!

ROQ. Qué?

RAMON. Á qué viene decir que he sido confitero y que usted trata en leña?

ROQ. Yo no me avergüenzo de mi profesion. Hay por ventura alguna más honrosa?

RAMON. Ciertamente que es muy buena: pero...

ROQ. Pero qué...

RAMON. Pero todo el mundo no puede dedicarse á ella.

ROQ. Es verdad.

RAMON. Y cuando usted grita: «Soy tratante en leñas,» es como si dijese á los demas: «Majaderos, vosotros no lo sois, y yo sí» y parece vanidad.

ROQ. Aaah! Conque es por eso? Pues no lo volveré á decir. (Sacando su reloj.) Las dos y media! Echo á correr; mas luégo nos veremos.

RAMON. Cómo?

ROQ. Hoy es el cumpleaños de mi sobrina, de tu mujer...

RAMON. Es verdad! Lo había olvidado!

ROQ. Cuando vuelva me pasaré por la pastelería Suiza y os traeré una empanada de pichones.

RAMON. Ya, ya; la sorpresa de todos los años.

ROQ. No hay cosa mejor que eso.

RAMON. Pues véngase usted á comer con nosotros. Solitos estaremos.

ROQ. Acepto con mucho gusto.

RAMON. Conque hasta despues.

ROQ. Y dime, no pensais en casar á Federico?

RAMON. En eso nos estamos ocupando.

ROQ. Hola! Y es un buen partido?

RAMON. Magnífico!

ROQ. La hija de algun tratante en leñas.

RAMON. No tanto. Pero desgraciadamente el asunto no marcha.

ROQ. Pues es preciso activarlo. Quieres que vaya yo á ver á la familia?

RAMON. (Asustado.) No, no; gracias. (Ap.) (Si se encontraba con la duquesa buena la hacíamos!)

ROQ. Sabes lo que te he dicho otras veces: »No tengo hijos, y soy rico. El dia del matrimonio haré un regalo, un buen regalo al chico.» Conque hasta luégo, y no hables á Cármen de la sorpresa que la preparo, de la empanada de pichones.

RAMON. Pierda usted cuidado. (Váse D. Roque.)

ESCENA III.

D. RAMON, despues LORENZO, luégo DOÑA CÁRMEN.

RAMON. Excelente sujeto! Idolatra á Federico, es capaz de regalarle... una docena de cubiertos de plata. Pobre muchacho! No se verificará su casamiento, porque hemos picado muy alto y es una lástima.

LOREN. Un caballero y una señora preguntan por ustedes.

RAMON. Han dicho su nombre?

LOREN. Sí por cierto. Los señores de Camuñas.

RAMON. (Dando un salto.) Son ellos! Caramba! Carambola! (Á Lo-

renza.) Dónde está mi mujer? Aguarda! Que no entren todavía. (Llamando.) Cármen! Cármen!

CARM. (Saliendo apresurada.) Qué hay?

RAMON. Están ahí.

CARM. Quiénes?

RAMON. El padre y la madre. Qué hacemos?

CARM. Recibirlos. Vendrán á darnos la respuesta.

RAMON. En persona? De veras?

CARM. Es claro. (Á Lorenza.) Que pasen adelante. Ay Dios mio! Y las fundas de la sillería que están puestas!

RAMON. Pues quitémoslas volando. (Á Lorenza.) Espera... que no entren todavía... y ayúdanos. (Los tres se ponen á quitar las fundas.) Aprisa, aprisa!

CARM. Tú, ten valor y dignidad; y sobre todo, no vayas á decir «mi parienta.»

RAMON. Pues cómo te he de llamar?

CARM. Mi señora, como dice el doctor. (Á Lorenza que ha metido las fundas en un cuarto inmediato.) Ahora que pasen. (Váse Lorenza.)

RAMON. (Á Cármen.) Siéntate en actitud meditabunda, y como si no tuvieras nada que hacer. (Viendo en el fondo una silla á la que no han quitado la funda.) Ah! Se nos ha olvidado una! (Corre hácia allá al tiempo que los otros salen.)

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA BLASA, D. MANUEL.

CARM. Señora, cuánto celebro verla á usted por esta su casa.

MANUEL. Debíamos á ustedes una visita...

BLASA. Pero mi marido está siempre tan ocupado... tan ocupado!

CARM. Tengan ustedes la bondad de sentarse. (Se sientan.)

MANUEL. Ha salido el señor don Ramon? (Éste se ha quedado en el fondo sin saber donde esconder la funda, que al fin se mete en el bolsillo de la levita.)

RAMON. No señor, aquí estoy, aquí estoy. (D. Manuel se levanta.)

Me hallaba trabajando en mi despacho. (Saludando.) Doctor querido, señora... Cómo va?

BLASA. No va mal, pero estas malditas jaquecas ..

CARM. Yo tambien padezco mucho de ellas.

RAMON. Y yo, y yo. (Se sientan.)

BLASA. Irá usted mañana al Teatro Real?

CARM. Oh! seguramente!

RAMON. Qué hacen?

MANUEL. *La Traviata.*

RAMON. Cuánto me alegro! Cuánto me alegro!

BLASA. Es una ópera de la que no se cansa una nunca.

RAMON. Tiene usted razon.

CARM. Qué final aquel tan divino!

TODOS. Delicioso! Delicioso!

BLASA. Y aquello de: «*Gran Dió morir si jovene.*» (Cantando.)

RAMON Le levanta á uno en peso.

MANUEL. (Ap.) (El papá es fanático por la música. Á mí me sucede lo que á mi mujer: me fastidia soberanamente.) (Momento de silencio.)

BLASA. (Á Manuel.) Querido, creo que estamos robando el tiempo á estos señores.

CARM. Jesús!

RAMON. No tengo nada que hacer. Desde que me retiré del comercio...

MANUEL. Hola! era usted comerciante?

RAMON. Sí.

BLASA. Y en qué ramo?

RAMON. (Confuso.) En el ramo de...

CARM. En el de azúcares... por mayor.

MANUEL. Ah! Excelente industria!

RAMON. (Ap.) (No mentimos: un confitero comercia en azúcares...)

BLASA. (Á su marido.) Todos los que trafican en azúcares llegan á ser millonarios. (Nuevo silencio.) Manuel, debemos una respuesta...

MANUEL. (Levantándose.) Es verdad. Señora, caballero, quince dias há tuvieron ustedes la bondad de dirigirnos una

peticion que nos honra y nos lisonjea en extremo.

CARM. y RAMON. Mil gracias.

MANUEL. Los informes que hemos adquirido, tanto acerca de su hijo de ustedes, como de la familia á la cual pertenece, nos han hecho tomar en consideracion el paso que ustedes dieron. (Se sienta.)

RAMON. (Levantándose muy turbado.) Doctor, creo interpretar fielmente los sentimientos de mi parienta... (Esta tose.) quiero decir, de mi señora... y los mios propios... y los de mi hijo Federico... abogado del colegio de Madrid... manifestándoles con una emocion... que ustedes comprenderán... porque es de un padre amante... y usted es madre, señora... y diciéndoles, doctor, reciba usted las bendiciones .. y la gratitud profunda... de una familia que... que. . (Con efusion.) En fin; quieren ustedes comer con nosotros? (Todos se levantan.)

BLASA. (Sorprendida.) Eh?

MANUEL. Cómo! Hoy?

CARM Cuánto lo celebraríamos!

BLASA. Otro dia será.

RAMON. Por qué hemos de retardar ese placer?

CARM. Estaremos en familia.

RAMON. Vamos, doctor.

CARM. Señora...

MANUEL. Bien, admitimos; pero con una condicion.

RAMON. Cuál?

MANUEL. Que nos tratarán ustedes sin ninguna especie de etiqueta.

RAMON. Corriente.

CARM. Comeremos lo de todos los dias. (Llama.) Me permiten ustedes? (Bajo á Lorenza que sale.) (Vé corriendo á llamar á Mr. Lhardy.

LOREN. Mr. Lhardy?

CARM. Sí; al fondista de la Carrera de San Jerónimo.) (Váse Lorenza.)

BLASA. Queda convenido ademas que no nos vestiremos.

CARM. Nada, nada: segun estamos.

MANUEL. Ahora desearía hablar con usted algunos momentos, amigo don Ramon.

RAMON. Cuando usted quiera. (Ap.) (Me ha llamado amigo! Qué dicha si llegamos á tutearnos algun dia!)

MANUEL. Tenemos que acordar ciertos puntos...

RAMON. (Ap.) (Ya: la dote.) (Alto.) Supongo que no reñiremos. Quiere usted venir á mi despacho?

MANUEL. Pase usted, don Ramon.

RAMON. No faltaba otra cosa! (Le hace pasar. Ap.) (Aún no me atrevo á llamarle don Manuel!) (Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

DOÑA BLASA, DOÑA CÁRMEN.

CARM. Qué venturoso va á ser Federico!

BLASA. Aquí para inter nos, me parece que no le desagrada á la niña.

CARM. Ángel mio! Prometo á usted quererla como si fuese su madre.

BLASA. Tratemos ahora de su próxima instalacion.

CARM. Con sumo gusto.

BLASA. Desde mañana les buscaremos cuarto.

CARM. Un entresuelo?

BLASA. No; los entresuelos son demasiado oscuros. Un piso segundo.

CARM. Es demasiado alto.

BLASA. Entónces un principal. Es cuestion de catorce ó diez y seis mil reales.

CARM. (Se sienta.) Pongamos diez y seis.

BLASA. Espere usted. Echemos la cuenta por escrito. (Saca una cartera y escribe con lápiz en una tarjeta.) Casa; diez y seis mil reales.

CARM. Alfileres... Esto es lo importante.

BLASA. Una mujer que ha de alternar en cierta sociedad, no puede tener para alfileres ménos de veinte mil reales. Eso es lo que yo gasto.

CARM. Y yo tambien.

BLASA. (Escribiendo.) «Alfileres; veinte mil reales.» (Ap.) (Perfectamente! No regatea.)

CARM. (Ap.) (Y yo que no gasté más que dos mil reales el año pasado y todavía me gruñó mi marido!)

BLASA. Carruaje... Creerá usted que podrán sostenerlo?

CARM. Ya lo creo! (Ap.) (Dependerá de la dote que le den.)

BLASA. Porque es muy incómodo ir á pie... sobre todo con estos trajes que usamos hoy dia.

CARM. Oh! Es imposible! Cierto que los coches de plaza...

BLASA. Las berlinas! No me hable usted de ellas!

CARM. Pues no hablaré.

BLASA. Son súcias... son incómodas...

CARM. Y estrechas. Por nada de este mundo entro yo nunca en ellas... (Ap.) (Como que siempre voy á pie.)

BLASA. Creo que un cochecito...

CARM. Con dos caballitos...

BLASA. Y un sólo criado...

CARM. Pongamos veinticuatro mil reales...

BLASA. (Escribiendo.) «Carruaje, veinticuatro mil reales.» (Ap.) (Cáspita! Qué rumbosos son!) (Alto.) Mesa, criados...

CARM. Otros veinticuatro mil reales.

BLASA. Y es suficiente. (Sumando.) Diez y seis, veinte, veinte y cuatro y veinticuatro.. total, ochenta y cuatro mil reales. Me parece muy bien. (Daja la tarjeta sobre la mesa.)

CARM. No es demasiado. (Ap.) (Deben dar una dote formidable. (Se levantan.)

ESCENA VI.

DICHOS, D. MANUEL, D. RAMON.

MANUEL. (Sale por la izquierda.) Conque, Ramon, queda todo arreglado.

RAMON. No hay nada que añadir, Manuel. (Ap.) (Me he atrevido ya!)

MANUEL. (Á las señoras.) Estamos enteramente conformes.

RAMON. Enteramente, Manuel.

BLASA. (Bajo á Manuel.) (Cuánto le dan?)

MANUEL. Veinte mil duros.

CARM. Qué poco!

BLASA. (Á Manuel.) Vámonos: necesito hablarte.

MANUEL. Con permiso de ustedes nos retiramos. Tengo que visitar algunos enfermos.

RAMON. Á la duquesa por ventura?

MANUEL. Justamente.

CARM. No olviden ustedes que les esperamos á las seis. Y nada, nada de vestirse.

BLASA. Convenido. Hasta luégo.

CARM. Hasta despues. (Se besan.)

RAMON. Hasta luégo, Manuel. (Vánse los otros por el fondo.)

MANUEL. Ramon, hasta luégo.

ESCENA VII.

DOÑA CÁRMEN, D. RAMON, despues LORENZA.

RAMON. Hemos hecho un gran negocio.

CARM. Veinte mil duros! Qué miseria!

RAMON. Cómo?

CARM. Repito que es una mezquindad.

RAMON. Yo tampoco doy más.

CARM. Qué diferencia! Pero nuestro hijo tiene una profesion. Es abogado.

RAMON. Pero no ha defendido nunca ni un solo pleito.

CARM. Ya, porque no tiene clientes.

RAMON. Es verdad... (Reflexionando.) Aunque sí no tiene causas es como si no fuese abogado.

CARM. Todo se andará con el tiempo. No comprendo cómo te has contentado con esa friolera.

RAMON. Vaya! Un matrimonio jóven que juntará cuarenta mil reales de renta, es bastante bonito.

CARM. Repito que no es nada.

RAMON. Tú exageras.

CARM. (Dándole la tarjeta que quedó sobre la mesa.) Mira si no.

RAMON. Qué es esto?

CARM. El presupuesto de los chicos, que doña Blasa escribió en esta tarjeta mientras ustedes se hallaban adentro.

RAMON. Cuarto, diez y seis mil reales... alfileres... carruaje... veinticuatro mil reales.

CARM. Y nos olvidamos de los hijos, de las amas, de las niñeras.

RAMON. Y qué prueba eso? Puede rebajarse el presupuesto.

CARM. Si la hija del doctor fuese una muchacha educada con modestia, con economía, como nosotros, todo iría perfectamente. Pero una jóven á quien da lecciones de música Arrieta, que pinta cuadros al óleo, y que no sabrá siquiera coser una puntada...

RAMON. Mucho me lo temo.

CARM. Se pasa el dia sentada al piano, haciendo gorgoritos; está acostumbrada á un lujo oriental, y necesita un cuarto principal, carruaje, palco abonado... Eso no me parece mal; pero entónces se le da una dote... decente.

RAMON. Vamos, no te alborotes, Federico está enamorado de la chica, y si le hablamos de romper este matrimonio...

CARM. No se trata de romperlo. Los Camuñas son ricos, muy ricos. Ya ves, gentes que tienen lacayo!

RAMON. En cuanto á eso, nadie me lo ha contado. Un moceton que no cabe por esa puerta.

CARM. Pues bien, que den más. Es menester que hables al padre.

RAMON. Cómo! Que le vuelva á hablar?

CARM. No comprendes?

RAMON. Sí, sí, pero es difícil decir á un hombre:—«Los veinte mil duros que yo doy, bastan; y los que usted da, no son suficiente.» Es muy difícil, muy difícil.

CARM. Bah! Es vanidoso, y hay que picar su amor propio Ofrece tú dar algo más, y eso le pondrá en camino de...

RAMON. Es que nosotros no podemos aumentar mucho. Ya damos la mitad de lo que poseemos.

CARM. Propon un regalo; una fruslería.

RAMON. Una docena de cubiertos de plata... (Ap.) (Los del tio Roque.)

LOREN. (Saliendo.) Señora, el cocinero de Mr. Lhardy, á quien ha hecho usted llamar.

CARM. Que pase al momento. (Váse Lorenza.)

RAMON. Cármen, creo inútil encargarte que hagas las cosas espléndidamente.

CARM. Ya verás, ya verás.

ESCENA VIII.

DICHOS, el COCINERO, luégo FEDERICO.

COCIN. (Saludando.) Señores...

CARM. Necesitamos una comida...

RAMON. Una gran comida...

COCIN. Para cuántas personas?

CARM. (Despues de contar por los dedos.) Para... seis.

RAMON. Pero ponga usted para doce. Hemos convidado á un alto personaje, al doctor Camuñas, de quien habrá usted oido sin duda hablar.

COCIN. Conozco á muchos Camuñas, pero á ese no.

RAMON. Es verdad, sino que él no se trata sino con gente gorda.

COCIN. Y yo soy flaco.

CARM. Conque á ver, sepamos el programa de la comida.

RAMON. Programa? Creo que sólo se dice de cosas de ministerio.

CARM. Y qué, comer no es cosa ministerial?

COCIN. Daremos dos sopas: de tortuga y á la Soubise.

RAMON. Con trufas?

COCIN. No señor: en la sopa no se echan nunca trufas.

RAMON. Qué lástima! Porque nosotros queremos muchas trufas... trufas en todo.

CARM. Y qué más?

FEDER. (Saliendo.) Buenas tardes.

CARM. y RAMON. Federico!

RAMON. No sabes que han venido?

FEDER. Quienes?

RAMON. El doctor y su mujer.

FEDER. Ah!

CARM. Nos han dicho que la chica gusta de tí.

RAMON. El papá y la mamá tambien; y todo está arreglado.

FEDER. Es posible?

CARM. (Abriendo los brazos) Hijo de mi alma! (Se abrazan.)

RAMON. (Abriéndolos tambien.) Ven acá!

FEDER. Papá!

COCIN. (No sabiendo que hacer.) Estoy estorbando! (Se retira al fondo y se pone á mirar un cuadro.)

RAMON. Los he convidado á comer hoy.

FEDER. Excelente idea!

RAMON. Y estamos encargando la comida.

CARM. Al célebre *Munsiur* Lhardy. Dónde se ha metido ese hombre? (Llamando.) Munsiur? Munsiur? Dónde se ha metido usted?

COCIN. Aquí estoy.

RAMON. (Á Federico.) Ven á ayudarnos.

COCIN. Decíamos... Salmon á la imperial, guarnecido de trufas.

RAMON. Muy bien.

CARM. Adelante!

RAMON. (Muy apurado.) Ay, Dios mio! Y yo que le dije que viniese á comer con nosotros el tio Roque.

CARM. Qué ocurrencia! Pues es imposible que venga.

FEDER. Por qué?

CARM. Cómo ha de alternar en la mesa con esos señorones?

COCIN. (Se retira al fondo.) Estoy incomodando!

FEDER. Es tan bueno el pobre tio!

RAMON. Sí; pero no es de nuestro círculo. En primer lugar tiene un modo de comer muy ordinario...

CARM. Coge los huesos con los dedos!

RAMON. Echa vino en la sopa.

FEDER. No es una razon para...

RAMON. Cuando hacemos el sacrificio de una comida magnífica que nos costará un ojo y parte de otro, no es cosa de

deslucirla con la presencia del tio Roque. Qué papel quieres tú que haga al lado de personas tan ilustres?

CARM. Le convidaremos para mañana.

RAMON. Y comerá lo que sobre de hoy. Continuemos. Despues del salmon... Dónde está usted, Munsiur? Siempre se nos escapa usted, hombre.

COCIN. (Volviendo.) Aquí, aquí.

RAMON. Qué nos dará usted despues del salmon?

COCIN. Solomillo de vaca á la Soubise.

RAMON. Con trufas?

COCIN. Si ustedes quieren...

RAMON. Pues no hemos de querer? Trufas, muchas trufas, en todo trufas.

COCIN. Vol-au-vent á la Perigord.

RAMON. Con trufas. Bravo!

COCIN. Faisan de la China... con trufas.

RAMON. Ajajá! (Á Federico.) Figúrate tú al tio Roque en presencia de un faisan dorado de la China! El pobre estaría avergonzado.

COCIN. Ensalada rusa.

RAMON. Bravísimo!

COCIN. Plato de dulce.

RAMON. Ay! Sólo esos cuatro principios? Yo quisiera lo ménos veinte!

COCIN. En ninguna parte se pone más. Anteayer serví una comida en casa del presidente del consejo de ministros, exactamente igual á la que les propongo á ustedes.

RAMON. En ese caso, sírvanos usted la comida del presidente del consejo de ministros.

COCIN. Plato de dulce... Pensaba poner trufas á la Lúculo, pero hay demasiadas trufas.

RAMON. No importa, no importa.

CARM. Ponga usted las trufas á la Lúculo. Ahora que me acuerdo, dias pasados comimos en casa de un amigo, y allí cambiaban el cuchillo y el tenedor á cada plato.

COCIN. Eso se hace en todas partes.

CARM. Es que yo no tengo más que dos docenas de cubiertos

de plata.

RAMON. Pues, ay, que no me cambien el mio.

FEDER. Ni el mio.

CARM. Ni el mio.

COCIN. Se lavan mientras se come.

RAMON. Y yo que no había caido en ello! Es verdad! Se lavan. (Ap.) (Es listo este hombre.) (Alto.) Veamos los postres.

COCIN. Para en medio de la mesa, propongo á ustedes un plato montado de pastelería.

CARM. Que sea alto.

RAMON. Muy alto.

COCIN. Pondremos la torre de Nankin de bizcocho, rematada por un chino de azúcar.

CARM. Qué bonito debe ser eso.

RAMON. Y por qué no pone usted la torre de Santa Cruz, que es más conocida?

CARM. Calla tú y déjale á él que...

RAMON. Y cuánto vale eso?

COCIN. Una onza de oro.

RAMON. Soplamocos!... Qué caro! De esas cosas entiendo yo como antiguo con...

CARM. (Interrumpiéndole.) Calla, majadero! Ponga usted la torre... Es chinesca?

COCIN. Sí señora, con sus campanillas y todo.

CARM. Ay! con campanillas! Me alegro. Como son gentes que tienen tantas!

COCIN. Y qué vinos quieren ustedes? Burdeos, Champagne, Rhin?

RAMON. Sí. Burdeos! Champagne... Doce botellas... Dos por cabeza...

CARM. La comida á las seis en punto.

COCIN. Pierda usted cuidado. (Hace que se va.)

RAMON. (Llamándole.) Ah! Munsiur, Munsiur!

COCIN. Mande usted!

RAMON. Hay un plato de postres que no quiero que falte. Lo malo es que no sé su nombre. Se sirve lo último de to-

do... Es agua caliente con menta, que se bebe.

COCIN. Ah! Son enjuagues.

FEDER. Pero papá, si eso no se bebe!

RAMON. No? Pues yo me lo eché al coleto el dia que comimos en casa de don Calisto el manguitero.

COCIN. (Ap. al marcharse.) (Son gentuza.) (Váse.)

RAMON. Pues señor, la comida será régia, y estoy seguro de que se hablará de ella en Madrid,

CARM. Pero hemos olvidado lo principal.

RAMON. El qué?

CARM. Los Camuñas tienen lacayo, y es preciso que nosotros no seamos ménos.

RAMON. Es verdad.

FEDER. Para qué?

RAMON. Es indispensable hacer las cosas decorosamente.

CARM. (Ap.) (El inquilino del cuarto principal, que es un americano, está fuera de Madrid: pero ha dejado los criados... Si yo pudiese...) (Alto.) Ven, Federico: te necesito. Tengo que darte un encargo.

FEDER. Los que gustes, mamá. (Vánse los dos.)

ESCENA IX.

D. RAMON, D. ROQUE.

RAMON. Lacayo! Y no tenemos más que una criada para todo!

ROQ. Aquí estoy yo.

RAMON. (Ap.) (El tio Roque!)

ROQ. Vengo demasiado pronto, pero traigo un apetito!...

RAMON. (Ap.) (Si pudiese encontrar un pretexto para desconvidarle!)

ROQ. Compré la consabida empanada en la pastelería de Puerta-Cerrada, y se la he entregado al entrar á Lorenza.

RAMON. Gracias, gracias, tio.

ROQ. No había de pichones y la he tomado de ternera y jamon.

RAMON. Ay Dios mio!

ROQ. Qué te sucede?

RAMON. Creo que ántes le convidé á usted á comer.

ROQ. Es verdad. Y qué?

RAMON. Había olvidado que comemos fuera. Mi mujer me lo acaba de recordar.

ROQ. Pues es un fastidio.

RAMON. En casa de don Calisto. Estuvo de caza ayer, y como no tenía el gasto hecho...

ROQ. Ya, ya.

RAMON. Me perdona usted, tio?

ROQ. Entre parientes no hay cumplidos. Y mi pastelon?

RAMON. Lo comeremos mañana... juntos.

ROQ. Perfectamente. Divertiros bien, y hasta mañana.

RAMON. Hasta mañana.

ROQ. (Volviendo atrás.) Me ocurre una idea. Tengo que decir cuatro palabras á don Calisto, y es posible que vaya esta noche por allá.

RAMON. (Ap.) (Diablo!)

ROQ. Así hasta despues! (Váse.)

ESCENA X.

D. RAMON, FEDERICO, luégo un LACAYO.

RAMON. Estamos frescos. Cuando sepa que no hemos comido en casa del manguitero, qué dirá?

FEDER. (Sale cargado de libros.) Vengo rendido.

RAMON. Qué habeis comprado?

FEDER. Un álbum de fotografías. Mamá dice que lo ponga abierto encima de la mesa, y de ese modo creerán que son retratos de amigos nuestros.

RAMON. Buena idea! Tu madre es una Licurga, que ya, ya. (Hojeando el álbum.) Don Salustiano Olózaga... Leotard... Cúchares... Lord Palmerston.

FEDER. (Sacando una cajita.) Esto es para tí.

RAMON. Y qué es? Una cadena.

FEDER. Póntela en el reló.

RAMON. Me parece que aún es más gorda que la de don Manuel. (Se la pone.) Magnífica, hará un efecto soberbio.

FEDER. Es falsa... pero no se lo digas á nadie.

RAMON. (Indignado.) Falsa!... (Despues de reflexionar.) En realidad, cuando lo falso parece verdadero, ya no lo es. (Un lacayo con gran librea sale por el fondo con dos lámparas encendidas.) Quién es ese hombre? Le conoces?

FEDER. Yo no.

RAMON. (Al criado.) Amigo, quién es usted?

LAC. Soy el lacayo del cuarto principal.

RAMON. Aaah! Muy bien. (Á Federico.) (Es un empréstito... Y es alto!) (Mirando al lacayo que se marcha.) Aunque ménos que el del doctor. (Se oye el ruido de un coche.)

FEDER. (Corriendo al balcon.) Un coche! Ellos son!

RAMON. Y mi mujer que no viene! Cármen! Cármen! (Gritando.)

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA BLASA, D. MANUEL, EMILIA, luégo DOÑA CÁRMEN.

Doña Blasa sale muy emperifollada, con vestido color de oro y plumas en la cabeza. La puerta del fondo se abre y un negrito de librea anuncia.

NEGRO. El señor doctor Camuñas y su familia.

RAMON. (Ap.) (Un negrito tambien! Para farsa nadie como las mujeres!) (Saliendo al encuentro.) Señora... señorita... doctor...

FEDER. (Saludándola.) Emilia!

BLASA. (Á D. Manuel.) (No has visto, tienen un negro!

MANUEL. Sí; estos ricachos nos avergüenzan á los demas.)

RAMON. Señora, habíamos acordado que vendría usted en traje de confianza, y se ha puesto usted un traje deslumbrador.

BLASA Es el de todos los dias.

RAMON. Estoy seguro de que mi mujer la va á reñir á usted. (Ap.) (Ella es! Santo cielo! Y viene vestida de arco iris!)

(Doña Cármen sale ataviada ridículamente y con muchos colorines.)

CARM. Amiga mia!

BLASA. Querida! (Ap.) (Tres volantes! Y decía que no me vistiese! Traidora! Para deslucirme!) (Alto.) Qué precioso traje!

CARM. No tan lindo como el de usted. (Ap.) (Se ha puesto de color de oro! Qué infamia!)

FEDER. Mamá, quieres que pasemos á la sala?

CARM. Sí, sí. (Federico y Emilia se van.)

BLASA. (Quédate aquí con don Ramon, y háblale de lo consabido.

MANUEL. (Bajo.) Bien.)

CARM. (Á Ramon.) (Quédate con don Manuel, y háblale de la dote.

RAMON. Pierde cuidado.)

CARM. Vamos, amiga mia?

BLASA. Vamos. (Vánse por la derecha.)

ESCENA XII.

D. RAMON, D. MANUEL.

RAMON. (Ap.) (Ya estamos solos. No es muy agradable plantear la cuestion.)

MANUEL. (Ap.) (Por dónde lo tomaré?)

RAMON. (Acercándose.) Querido doctor, cuánto agradezco á ustedes que hayan aceptado mi pobre convite!

MANUEL. Insistió usted tan cariñosamente!

RAMON. Porque le profeso á usted verdadero afecto.

MANUEL. Y yo tambien á usted.

RAMON. Querido Manuel!

MANUEL Idolatrado Ramon!

RAMON. (Ap.) (Cada vez nos alejamos más del asunto.) (Alto.) Ántes hablemos muy por encima de la dote... (Se sienta.)

MANUEL. (Ap.) (Él mismo me da margén...) (Alto.) En efecto, muy por encima. Usted dijo que veinte mil duros...

RAMON. Fué hablar, por hablar. Eso no le compromete á usted á nada.

MANUEL. Yo tambien decía, «un opulento comerciante en azúcares...»

RAMON. Y usted, un médico ilustre... que recibe dece mil reales de una vez...

MANUEL. Yo?

RAMON. Mire usted que los conté! En fin, estoy dispuesto á hacer algun sacrificio... Regalaré toda la plata.

MANUEL. (Sorprendido.) Ah!

RAMON. Y usted?

MANUEL. Yo? regalaré la colcha de la cama.

RAMON. (Atónito.) Oh! (Ap.) (Es menester hablar claro.) (Alto.) Amigo Manuel, debemos confesar que el precio de las cosas ha subído mucho.

MANUEL. Cierto; el que pasaba perfectamente con cuarenta mil reales de renta hace diez años, apenas puede vivir con eso ahora.

RAMON. Justamente; y nosotros no queremos que nuestros hijos vivan en la estrechez.

MANUEL. Cómo lo hemos de querer?

RAMON. Considere usted lo que padecería su hijita querida si se viese obligada á echar cuentas para comprarse un vestido ó un manton.

MANUEL. Y su hijo de usted, su hijo único, si estuviese lleno de privaciones.

RAMON. No hablemos de mi hijo; los hombres estamos acostumbrados á dominarnos. Pero ella, la pobre niña, que es su alegría, su amor de ustedes... Porque usted idolatra á su hija...

MANUEL. Tanto como usted á Federico.

RAMON. Sí... No hablemos de Federico, sino de Emilia. Un ángel semejante necesita una existencia holgada y venturosa.

MANUEL. Gracias en nombre suyo!

RAMON. De donde se deduce que es menester aumentar la renta.

MANUEL. Soy exactamente de la misma opinion.

RAMON. Pues bien, fíjela usted; yo acepto con los ojos cerrados.

MANUEL. (Ap.) (Y dicen que los comerciantes son interesados!) (Alto.) Creo que dándoles treinta mil duros...

RAMON. No me parece bastante.

MANUEL. Entónces pongamos cuarenta mil.

RAMON. (Levantándose.) Convenido. Yo doy toda la plata, y usted cuarenta mil duros.

MANUEL. (Levantándose.) No, si es usted quien los da.

RAMON. Yo? Estaría bueno.

MANUEL. Y por qué yo y no usted?

RAMON. En su posicion de usted, un hombre que tiene palco en el Teatro Real, lacayo...

MANUEL. Pero usted tiene todo eso, y ademas un negro, lo cual es más caro.

RAMON. Yo, yo... no es lo mismo.

MANUEL. Por qué? Á no ser que aparente usted un lujo superior á sus recursos.

RAMON. No tal. Mis recursos son inmensos.

MANUEL. En ese caso, lo justo es que demos tanto el uno como el otro, cada cual cuarenta mil duros. (Ap.) (Me quedará para vivir otro tanto.)

RAMON. (Ap.) (Cáspita! Si doy eso, me quedará solamente una renta de veinte mil reales.)

MANUEL. Cómo! Vacila usted... por una miserable cuestion de dinero?

RAMON. No vacilo. Qué me importan á mí veinte mil duros más ó ménos? Daré un millon. Ahí tiene usted lo que yo soy.

MANUEL. (Aturdido.) Un millon! Un millon!

RAMON. (Ap.) (Quiero pujar hasta que retroceda... y entónces, rompo.) (Alto.) Hola! Se asusta usted.

MANUEL. Asustarme? No: reflexiono. (Ap.) (Un millon! Es imposible! No hay más remedio. Aumentar yo por mi lado hasta que él diga que no. Entónces todo quedará roto.) (Alto.) Daré sesenta mil duros.

RAMON. No es bastante: dos millones.

MANUEL. Es poco. Dos y medio.
RAMON. No es suficiente.

ESCENA XIII.

DICHOS, DON ROQUE.

ROQ. Cómo! Dos millones y medio!
RAMON. (Ap.) (El tio Roque! Iba á ofrecer ya tres.) (Alto.) El doctor Camuñas, futuro suegro de Federico.
MANUEL. Hablábamos de la dote.
ROQ. Y usted da dos millones y medio! Carambola! Saludo á usted con todo respeto!
MANUEL. Pero don Ramon da otro tanto.
ROQ. Es posible? Tú?
RAMON. Es natural.
ROQ. Pues que sea en hora buena. No te suponía tan ricachon.
RAMON. Ya ve usted, cuando uno trata con personas... millonarias... que tienen exigencias...
MANUEL. Permítame usted: no he exigido nada! Usted por el contrario es quien...
RAMON. Yo sólo propuse regalar la plata, y entónces usted comenzó.
MANUEL. Que yo comencé? Dije que regalaría la colcha de la cama, y usted exclamó con extrañeza: Ah!
RAMON. Exclamé «Ah!» pero no con extrañeza.
MANUEL. Pues yo repito...
RAMON. Y yo tambien...
ROQ. En fin, están ustedes conformes?
RAMON. Estamos conformes en rigor, mas yo no respondí con extrañeza.
MANUEL. Sí tal.
RAMON. Yo digo que no.
MANUEL. Y yo que sí.
RAMON. Quiere usted que le diga lo que pienso?
MANUEL. Con mucho gusto.
RAMON. Pues bien, usted buscaba un pretexto para deshacer

este matrimonio.

MANUEL. Un pretexto?

RAMON. Lo sostengo. Pero como soy un hombre de bien...

MANUEL. No lo será usted más que yo.

RAMON. Y no me agradan los rodeos, le digo á usted, claro, clarito.

LOS DOS. (Juntos.) Rompamos.

ROQ. Señores, señores, no acalorarse.

RAMON. Yo no me acaloro. (Ap. con alegría.) (Se acabó!)

MANUEL. (Ap. con satisfaccion.) (Asunto concluido.)

ROQ. Qué genios tan vivos! (Á Ramon.) Felizmente tu hijo no amaría á esa muchacha, no es así?

RAMON. Al contrario, está loco por ella. Pero, qué importa?

ROQ. (Á D. Manuel.) Y su hija de usted no estaría muy enamorada del chico, no es verdad?

MANUEL. Al revés... tenía pasion por él... pero...

ROQ. Pero qué más da, eh?

MANUEL. No he dicho eso, permítame usted.

ROQ. (Sin poderse contener.) No señor, no permito. Son ustedes unos vanidosos, unos fátuos.

MANUEL. Caballero!

RAMON. Tio!

ROQ. Hace un cuarto de hora que me estoy conteniendo y ya no puedo más. Lo conozco. Lo que ustedes dos querían era deslumbrarse, engañarse el uno al otro.

LOS DOS. Cómo!

ROQ. Sí, engañarse el uno al otro prometiendo lo que no podían dar; en una palabra, aparentando un lujo y un fausto que no les es dado sostener.

RAMON. Pero...

ROQ. No hay pero ni manzana. He hablado con tus criados... Porque cuando quiero saber algo me dirijo á los sirvientes, y me pongo al corriente de todo.

RAMON. Y qué le han dicho á usted?

ROQ. En primer lugar he encontrado un negrito en la cocina. Un negro en la cocina es una porquería! Ademas, el señor mio ha alquilado coche por meses, tiene

palco en el Teatro Real... Mi sobrino Ramoncillo en aquel coliseo de la aristocracia!

RAMON. Me parece que es un teatro...

ROQ. Donde te duermes.

RAMON. Qué dice usted?

ROQ. Te digo que te fastidias mortalmente... y tu mujer tambien:.. y este señor tambien.

RAMON. Bueno, bien, es verdad.

MANUEL. Confieso que la ópera italiana...

ROQ. Y entónces, por qué se han abonado ustedes?

MANUEL. Mi mujer se empeñó...

RAMON. Mi Cármen quiso...

ROQ. Bah! No! Por darse tono, por ponerse en evidencia... por pintarla en fin. Porque la última moda en el dia es inflarse, inflarse mucho, como los globos, hacer la rueda como los pavos reales; y despues, cuando uno está lleno de vanidad, ántes que confesarlo, ántes que decir: «somos dos pobres hombres sencillotes y á la buena de Dios,» se prefiere sacrificar la dicha, el porvenir de sus hijos! Los jóvenes se aman; pero se responde: «Qué importa!» Y dirán ustedes que tienen entrañas de padre! Mentira!

Y... me voy porque no quiero decir más! (Marchándose.)

RAMON. (Deteniéndole.) No se marche usted. (Conmovido.) Tio Roque, usted no tendrá talento, usted no tendrá buena educacion; pero tiene algo que vale mil veces más... porque tiene corazon.

MANUEL. Sí, sí.

RAMON. (Muy conmovido.) Cáspita! Si me ha hecho usted llorar, probándome que soy un mal padre... y don Manuel tambien; pero la culpa no es mia: la culpa es de mi mujer... ella me las pagará. (Enterneciéndose.) Y le prometo á usted que si alguna vez... si una sola vez... me ve usted apartarme del camino que... que... que... (Limpiándose los ojos.) En fin, quiere usted comer con nosotros?

ESCENA XIV.

DICHOS, DOÑA BLASA, DOÑA CÁRMEN, EMILIA, FEDERICO.

CARM. Pero señores, ¿qué hacen ustedes aquí tanto tiempo?

RAMON. Mi mujer! Venga usted acá.

MANUEL. (Á Doña Blasa.) Acérquese usted, señora.

CARM. Qué hay?

BLASA. Qué ocurre?

RAMON. (Á Cármen.) Madre culpable... y llena de vanidad! Pero es la moda del dia.

MANUEL. Se hace la rueda, como los pavos reales.

RAMON. Se infla uno como los globos.

MANUEL Y no se teme sacrificar el porvenir, la felicidad de sus hijos!

RAMON. Si se aman, se responde: «Qué me importa.» No tienen ustedes entrañas de madre! Y me voy porque no quiero decir más.

BLASA. Pero qué tienen ustedes?

CARM. Explícame...

RAMON. (Con vehemencia.) Coge tu media y trabaja. Porque ella es quien me hace los calcetines, Manuel.

MANUEL. (Lo mismo.) Y la mia tambien, Ramon.

CARM. (Á Doña Blasa.) Cómo! Usted, señora?

RAMON. Sí, sí. Conque abajo caretas... Yo soy Ramon Perez, confitero retirado, y no tratante en azúcares!

BLASA y MANUEL. Cómo!

CARM. Pero hombre...

RAMON. Déjame en paz. He pertenecido á *La dulce Alianza*, y mi mujer estaba en el mostrador. Doy pues veinte mil duros á mi hijo, porque no puedo darle más.

MANUEL. Ahora voy yo; Manuel Camuñas, médico sin enfermos.

CARM. Cómo!

RAMON. Y la duquesa?

MANUEL. En todo lo que va de año, y nos hallamos en Diciembre, no he asistido sino á un cochero *gratis et amore*. Doy,

pues, veinte mil duros de dote á Emilia.

ROQ. Y ahora yo, el tio Roque, traficante en leña, antiguo mozo de esquina, regalo otros veinte mil duros á mi sobrino.

FEDER. Tio!

RAMON. (Señalando al corazon.) Cuando digo yo que tiene mucho aquí!

ESCENA XV.

DICHOS, EL COCINERO.

COCIN. Señores, la comida está en la mesa.

ROQ. Pues á la mesa.

RAMON. Espere usted un instante.

ROQ. Qué hay?

RAMON. Que he encargado una comida escandalosa, y estoy avergonzado. Seis platos con trufas!

ROQ. Qué derrochar!

MANUEL. Un padre de familia!

RAMON. No podriamos hacer que se los volviese á llevar Munsiur Lhardy?

TODOS. No, no.

ROQ. Me opongo á ello.

MANUEL. Entónces, comámoslos... y ese será nuestro castigo.

Mucho mayor lo merece
el que necio y obcecado
reniega de su pasado
creyendo que se engrandece.
Desde hoy nuestra enmienda empiece
y sirva esto de leccion
á aquellos que sin razon
exponen su bienestar,
por querer aparentar
mucho más de lo que son.

FIN.

Examinada esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 8 de Marzo de 1865.

El Censor de teatros,

NARCISO S. SERRA.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

ZARZUELAS.

Chanteusepar amour....	1	Sres. Paul y Cenrión...	M.
Con paz y ventura.....	1	Navarro y Nieto....	L. y M.
El gran artista.....	1	Cuartero y Ferrer...	L.
Heloise et Abelard.....	1	D. H. Litolff.....	M.
La mejor venganza.....	1	Sres. Ruesga, Prieto, y Espino.....	$^1/_2$ L. y $^1/_2$ M.
La chamor du primtems.....	1	D. Robert Planquette..	M.
La jeunesse de Beranger.....	1	Robert Planquette..	M.
La saint Nicolás!.....	1	D. Robert Planquette...	M.
Le chevalier Gaston.....	1	Sres. Veron y Planquette	L. y M
Les Rendez vous galants.....	1	D. Robert Planquette..	M.
Memnon.....	1	C. Grisart.....	M.
Paille d'avoine.....	1	Robert Planquette..	M.
L'amour et son carquois.....	2	Ch. Lecocq.....	M.
Florinda.....	3	J. J. Jimenez Delgado	L.
La Boite de Pandore.....	3	H. Litolff.....	M.
Les noces de Fernande.....	3	Louis Deffes.....	M.
Les voltigeurs de la 32me.....	3	Sres. Gondinet, Duval y Planquette.....	L. y M.
Niniche.....	3	Marius Bouliard....	M.
La fiancée du roi de Garbe.....	4	H. Litolff.....	M.

Por convenio hecho en París el 22 de Setiembre de 1879 con el Agente general de la *Sociedad de Autores, Compositores y Editores de Música* franceses, somos los únicos representantes en España, Portugal y sus colonias, de la citada Sociedad.

3 0112 117485125

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, núm. 7, y de *D. Manuel Rosado*, Puerta del Sol, núm. 9.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los Corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, número 94.—Lisboa.

FRANCIA.

Mr. Louis Bathlot, editor de Música, Rue de l'Echiquier, 39, Paris.

Librería de *Mr. E. Denné*.—15, Rue Monsigny, Paris.

ALEMANIA.

Dr. Eduard Engel, Rédacteur du «*Magazin für die Literatur des Auslandes*,»—35, Königin Augusta Strasse,—Berlin W.

Mr. Wilhelm Friedrich, editeur, Leipzig.

MAGAZIN FÜR DIE LITERATUR DES AUSLANDES.

REVISTA DE LITERATURA EXTRANJERA.

Es de todas las literaturas alemanas la más cosmopolita y la más antigua, cuya fundacion data del año 1832. Se publica todos los sábados en 32 columnas en fólio. El precio de la suscricion es de 5 pesetas por trimestre!—*Leipzig.—Wilhelm Friedrich.*—EDITOR.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.